

## Pánico a las letras

17 años. Ese es el tiempo que hace que no escribo un libro. A mis 25 años, mis incontables tardes de sufrimiento frente a los libros durante mis estudios de filología hispánica, me habían llevado a nada más y nada menos que a la producción de un *bestseller*. Que conste que no lo digo yo, lo pone en la portada. “*El chico valiente*” fue una novela de ficción que conseguía captar el interés de los más jóvenes con su infinito mundo de fantasía y, que prendió a los lectores más veteranos con sus extraños romances interraciales. Cierto es, que había escrito otros libros y varios cuentos con anterioridad dentro del mismo universo que *El chico valiente*, pero ninguno representó un éxito tal como fue este. Recuerdo vívidamente los comentarios de la prensa “*Una gran revelación*”, “*Un choque en la monotonía*”, y durante un tiempo, ciertamente me di a la gran vida. Sin embargo, como todo lo bueno, se acaba. Pasados un par de años, me había pulido todas mis ganancias, y los diarios comenzaban a lucrarse a mi costa; “*Un artista de un solo éxito*”, “*El fin de un principio*”.

Por algún motivo que desconozco, había desarrollado una aversión, un trauma directo hacia la literatura. Yo, una persona que había pasado más tiempo entre libros que viviendo, se había vuelto totalmente incapaz de pasar un mínimo rato escribiendo o tan siquiera leyendo. Parecía una maldición. Siempre surgía algo, un imprevisto o pensamiento irrelevante que me abstraía de las letras. Ya no disfrutaba con los increíbles paisajes de Tolkien, los monstruos de las alcantarillas de Stephen King, ni con las rimas de Bécquer. Por algún motivo, me había quedado como mis libros; en blanco.

Desde entonces, me he dedicado a vivir cómodamente en mi piso de siempre. Un piso sencillo, dos habitaciones, cocina y baño. No es mucho, pero podría ser peor. La prensa y el entorno que se generó a mi alrededor en general, acabaron olvidándose de mí, y pasé a tener una vida común y monótona. Conseguí encontrar un trabajo en un colegio cercano a mi edificio, en el cual servía de tutor para una clase de niños de primaria. Ya me había resignado a tener una vida normal, y probablemente habría sido así, si no fuera por la buena o mala suerte que tuve hace un par de días... el martes. ¿O fue el lunes? El caso es, que ha pasado ese periodo de tiempo necesario, para que pasemos de considerar algo una mala idea, a considerarlo soportable.

Aquel día, comenzó con total normalidad; me desperté de madrugada, como Dios me trajo al mundo. Torturado por la alarma, con la consecuente imagen de aquel que apenas ha disfrutado de cinco horas útiles de sueño. Me consolé a mi mismo pensando que no sería nada que un par de cafés no pudieran arreglar. No obstante, a mis 42 años, mi cuerpo ya no es lo que solía ser. Sin embargo, no me quedaba otra. Traté de enderezarme sobre el viejo colchón, a medida que el dolor provocado por la migraña se acrecentaba. Había cogido la mala costumbre de beber hasta quedarme dormido y, esa mañana, esa misma acción, estaba causando estragos en mi cabeza. Al notar cómo el edredón se deslizaba lentamente desnudando mi cuerpo, hasta caer completamente en el suelo; produjo en mí un cúmulo de sensaciones que penetraban en mi piel; pasando del frío al calor, como del hormigueo a la insensibilidad. “Hoy dejo las drogas, lo juro”. Sabía perfectamente que no sería así, aunque me parecía necesario destacarlo en voz alta, como si volviera a tener 15 años y estuviera justificándome con mi madre, como si realmente hubiera alguien allí para juzgarme.

Al poco tiempo, conseguí ponerme de pie, y el resto de la mañana transcurrió con normalidad, desayuné, me duché, y me dispuse a emprender un nuevo día de trabajo. Era invierno, por lo que aún no había amanecido. Aquella mañana, en cambio, se acompasaba perfectamente la oscuridad con la soledad de las calles. El frío invernal, como si de una polvareda se tratase, cubría totalmente la ciudad, la cual en unas horas se llenaría de vida. Podía llegar a apreciarlo; la tranquilidad del ambiente, la paz de las calles. A pesar de ello, me quedó muy claro al escuchar el desolador aullido del viento entre los edificios, que aquella situación no era nada agradable. Representaba aquello que no ha soportado el inexorable paso del tiempo, *lo olvidado, lo inerte*. Quizás si no me hubiera parado a fijarme en eso, todo esto se podría haber evitado.

Finalmente llegué tarde a mi puesto de trabajo. Recientemente me había ganado la fama de ser un gandul y había cultivado malas relaciones con algunos de mis compañeros. Con algunos me refiero concretamente a él. Mi archienemigo. Le aborrecía profundamente. Se trataba de un señor cuarentón matriculado en matemáticas en los 80, en “*El Arte de los Números*” como le gustaba decir a él. Era alto, escuálido, y además, acentuada por su extrema palidez, presentaba esa postura que tienen aquellas personas que más que vivas, parecen fantasmas vagando por el mundo, buscando cabizbajo y con los hombros hundidos la felicidad

que alguna vez perdieron en su vida. Por algún motivo que no logro recordar, en determinado momento comenzó algún tipo de batalla, de contienda hacia mí, a fin de ridiculizarme, de demostrar cuál de los dos era más hombre, cuál tenía más presencia.

Ese día, (cómo no) no pudo desperdiciar la ocasión de esperarme apoyado en el marco de la puerta, con su vieja camisa descolorida, y una sonrisa pícaro (la única que, a mi parecer, su condición de no-muerto le permite gesticular) únicamente adornada por su descuidada barba de tres días. “¿Qué sucede, Harper? ¿La vejez te ha impedido escuchar la alarma o es el efecto de ser un *yonki* lo que te ha dejado sordo?” Realmente no me llamo Harper, había cogido la costumbre de llamarme así debido a mi único éxito literario, similar a este autor con “*Matar a un ruiseñor*”. Yo fui más sencillo, y decidí llamarle Casper. De todas formas, aquel día, mi dolorosa resaca y el odio que había acumulado e ignorado por la buena convivencia de todos, me hicieron estallar. No fue tanto el nombre de Harper el causante, sino el calificativo de *yonki*, lo que me hizo enrabiarme, decidirme a agarrarlo por el pescuezo y acabar con aquello de una vez por todas. Por suerte para él, (y creo que para mí) al tiempo que yo llegaba, enfrente suyo la puerta se abrió bruscamente, provocando que cayera hacia atrás junto a quien la había abierto. Acto seguido, comenzó con su correspondiente berrinche, maldiciendo lo que acababa de pasar y a la persona que había abierto la puerta. Situación de la cual estoy seguro de que me habría reído mucho, y habría recordado para la posteridad, de no haberme quedado totalmente prendado por aquella muchacha. Casper había derribado a una joven, de unos veinte y pocos años. Una chica esbelta, con una larga melena pelirroja. Recuerdo haberla analizado completamente en tan solo unos instantes. Vestía demasiado informal para trabajar en el centro, llevaba un jersey ceñido y violeta, de lana, y un colgante blanco y negro con un símbolo que no supe leer. Al tiempo que la chica se disculpaba y el matemático gimoteaba, solté un “Cállate Casper” totalmente instintivo, y ayudé a levantarse a la chica. En ese momento, cometí mi gran error. Ella cogió mi mano, se enderezó, y quedó plantada a unos pocos centímetros de mí; mirándome con sus increíbles ojos grises, mientras que daba las gracias. Por un momento, todo el ruido, el dolor de la resaca, y todos los problemas del mundo habían desaparecido. Probablemente, si no hubiera sido por la pataleta de Casper, aquello habría resultado en un momento

incómodo, pero consiguió armar el suficiente jaleo como para distraerme y reaccionar.

Al cabo de unos minutos, con la situación más calmada, hablé un poco con la chica y le acompañé a la salida del recinto. Nos reímos durante un rato de lo absurdo de la situación, hasta que nos presentamos formalmente. Resultó ser la madre de una niña nueva en el colegio, que venía a dejarla todas las mañanas al servicio de acogida, ya que su horario de trabajo intensivo se lo exigía. Al acabar la jornada lectiva, había contratado a una canguro para que fuera a buscar a su hija, ya que ella no volvía hasta media tarde. Me contó cómo se mudó a la ciudad por motivos de trabajo, lo que le costaba mantener el piso y lo duro que llegaba a resultarle solventar algunos gastos. Lo siguiente no sé cómo llegó a suceder exactamente: recuerdo comenzar diciéndole de tomar algo otro día, y de alguna manera, acabé convenciéndola de permitir hacerme cargo de su hija, así se ahorraría pagar al canguro, y podríamos vernos más tarde, a lo que ella respondió sorprendentemente entusiasmada. Poco después, nos despedimos, y el resto de la mañana transcurrió con la normalidad y monotonía de los últimos años. En mi cabeza, seguía pareciendo tan irreal, que me pregunté varias veces si estaba durmiendo.

Al mediodía, todo sucedió tal cual estaba previsto. Ella dejó una nota firmada según la cual podía recoger a su hija, así que no hubo más problemas (a expensas de las risas, cotilleos y murmullos en la sala de profesores). La niña, de apenas 7 años, tenía un entusiasmo casi inacabable, el cual, no sé si vino de la extravagante situación de que su profesor y su canguro fueran la misma persona, o porque me había topado con la imagen de la alegría en sí misma. Pero, he de admitir, que el ver la sonrisa de la joven, dando saltos de un lado para otro con su cabello rubio ondeado por el viento, despertó un tipo de felicidad en mí que no esperaba. "Podría acostumbrarme a esto" pensé en aquel momento. Fuimos a mi apartamento, comimos, y pasamos una tarde entretenida, hasta que su madre llamó, y vino a buscarla.

Aquella noche, me ofreció cenar en su casa a cambio de las molestias, yo dije que no era nada, pero acepté encantado. Durante la cena, hablamos largo y tendido sobre el día con su hija, la cual parecía haberlo pasado muy bien trasteando entre mis viejos libros. Parece ser, que es una gran lectora a su edad, ha leído grandes éxitos como "El ratón Geronimo Stilton" narraciones solo para los más

intrépidos lectores. Cuando esta finalmente fue a dormir, hablé con su madre del motivo que la trajo hasta aquí. Me contó los problemas que le llevaron a mudarse de ciudad, cómo tuvo a su hija al llegar a la mayoría de edad y su pareja se dio a la fuga, y, desde entonces habían estado solas. Hablamos sobre lo duro que tenía que ser, y recuerdo perfectamente el semblante triste que cogió, explicando cómo le habría gustado poder hacer locuras en su juventud: salir a bailar, conocer chicos, en definitiva, ser adolescente. Si todo hubiera quedado así, probablemente habríamos acabado de cenar, le habría dado las gracias y nos habríamos visto otro día. Sin embargo, al verla levantar la mirada, para decir lo orgullosa que estaba de su hija, y de lo felices que habían sido estos años. Me sentí tan inspirado, que no me pude abstener de hacer alguna tontería. Me levanté de la mesa, le tendí la mano y sonriendo le dije “Aún podemos bailar”. Mientras bailábamos, los minutos me parecían horas. La cogía de su marcada cintura mientras me miraba con sus profundos ojos. “¿Y dirás, quién es este pequeño actor que me ha embelesado con las líneas de su prosa?” dije confiado “Eres un psicópata” me dijo ella riendo “Un escritor, querida, que al caso, es lo mismo”.

Y bien, esa pequeña frase, fue la que me ha llevado hasta aquí hoy. Esa noche, dormí en su casa, al igual que los últimos dos días, y pude acompañar todos los días a su hija al colegio. Con todo, aquella madrugada, tendidos en la cama, ella, curiosa, acabó sonsacando mi pasado literario. Realmente, acabé contándoselo yo gustoso, que al caso, es lo mismo. Resultó, que ella también había estudiado una filología, y que había leído el libro en su época, aunque juraba no haberme reconocido. Me dijo que esperó durante meses la continuación de aquella historia, y la ilusión que le haría que volviera a escribir.

De esta manera, hoy me planté frente a mi viejo ordenador. Limpié la mesa, tiré mis viejas revistas y me preparé un té... Me paré un momento frente a mi escritorio. Como dije antes, tantas cosas habían cambiado en estos años. Ya no era el mismo joven intrépido y despreocupado. Me había vuelto viejo.

No, en realidad no. Aún soy capaz de bailar, de tontear con las chicas guapas, de hacer estupideces. He estado 17 años dormido, pero ya va tocando levantarse. Entonces, me senté decidido frente al ordenador. Me pregunto cómo puedo empezar, qué historia quiero escribir. Pero en realidad lo tenía muy claro. Ya sé cómo empezar mi historia;

*“Para Ariadna, y su hija Lucía, mis más fieles admiradoras.- Edmun.*

*“Érase una vez...”*

FIN